

# "El hombre de los cuchillos"

Federico Alejandro Cruz Márquez



# Capítulo 1

Cuenta la leyenda, que, a principios de la década de los noventa, en el municipio de Tultepec Estado de México, existió un hombre de edad madura que solía poner su puesto de comida en las esquinas del fraccionamiento "Real de Tultepec".

"El hombre de los cuchillos", como le llamaban, pues nadie conocía el nombre esta persona, ya que se trataba de un señor de carácter reservado; tenía un carrito de comida, el cual era transformado de acuerdo a los caprichos de la gente: Por la mañana, era negocio de tamales. En la tarde, cuando los "godínez" salían a comer, se convertía en puesto de tacos, y en las noches, sus parrillas le daban la bienvenida a las salchichas y a la carne para hamburguesas.

Su apodo de "el hombre de los cuchillos", le fue dado por sus clientes, debido a la maestría con la que solía usar sus herramientas de cocina, no importa lo que estuviera preparando.

Más allá del buen sazón de este señor. Todos los días, un montón de gente hacía fila en su negocio ambulante solo para verlo haciendo trucos con sus cuchillos, al cortar la verdura o la carne al pastor.

Pero como dicen: "A todo buen cazador se le va la liebre". Y eso fue lo que pasó una mañana, cuando una niña encontró en su tamal verde, un dedo ensangrentado.

Todo mundo pensó entonces que el tipo se había cortado al estar preparando los tamales, ya que "el hombre de los cuchillos", llevaba la mano derecha vendada.

Como era de esperarse la madre de la niña le hizo un escándalo al cocinero, no solo obligándolo a devolverle el dinero; sino además acusándolo con salubridad y alertando a los vecinos para que dejaran de comprarle.

A pesar de que el señor salió impune del relajó, por los sobornos que dio a los empleados de salubridad y policías de la zona, tuvo que mudarse a Coacalco; pues la gente dejó de consumir sus alimentos.

Tras varios meses de inactividad, volvió a poner un puesto en el fraccionamiento donde ahora vivía.

Coacalco fue un buen lugar para comenzar de nuevo, ya que la historia del "hombre de los cuchillos", no había trascendido más allá de su antiguo

lugar de residencia.

El hombre, quien había dejado atrás su apodo, decidió no solo cambiar el giro de su negocio, pues ahora solo preparaba jugos y ensaladas; sino que también ya no hacía alarde de su manejo de los utensilios de cocina. Además, usaba guantes para cubrir su mano mutilada.

La rutina trascurrió sin sobresaltos, clientes fueron y vinieron, hubo intercambio de dinero y el tipo siguió con la misma seriedad de siempre. Sin embargo, dicha rutina se interrumpió, cuando de la noche a la mañana, el vendedor dejó de poner su carrito de jugos.

Esta persona habría quedado en el olvido, sino hubiera sido por los eventos ocurridos una noche de 2003.

Se dice que la policía municipal allanó una casa en la colonia Dalías, Coacalco Estado de México; con el propósito de detener a una banda de distribuidores de mariguana que operaba en el municipio.

Lo sorprendente de ese cateo fue que esa noche no solo encontraron a los seis miembros de la banda, sino a aquel mítico vendedor de comida.

Cuando entraron a la cocina, no esperaron encontrarse en medio de una escena tan macabra como asquerosa.

Algunos policías que habían trabajado en Tultepec lo reconocieron. Era "el hombre de los cuchillos"...

El tipo lucía mucho más demacrado y viejo que nunca. Tenía puesto un viejo delantal cubierto de sangre y pedazos de carne; en la mano llevaba uno de sus típicos cuchillos de carnicero y en la mesa de la cocina había un cuerpo desmembrado.

Al revisar la casa, encontraron ollas y tupperes con carne humana, tarros con ojos humanos y frascos con órganos humanos sumergidos en formol.

El interrogatorio solo arrojó frutos podridos, pues los mafiosos argumentaron que Octavio, el cual era el verdadero nombre de "el hombre de los cuchillos" los había iniciado en el mundo del canibalismo.

Al preguntarle a Octavio, este aceptó que desde que tenía su puesto de comida en Tultepec, se dedicaba a canibalizar personas solitarias (principalmente ancianos), a las cuales nadie nunca extrañaría.

Octavio comentó que su gusto por la carne empezó un día de verano del noventa y dos cuando un señor de edad avanzada le pidió que le llevara la comida a su casa. Esa tarde, el viejo le abrió la puerta, y juntos fueron a la cocina, donde por accidente y sin que el vendedor pudiera alcanzar a

hacer algo, el anciano cayó al piso, golpeándose la cabeza y muriendo al instante.

Supuestamente el hombre dijo que se asustó mucho y no supo que hacer, tenía miedo de que la policía o algún familiar lo culparan. Lo único que se le ocurrió en ese momento fue, desmembrar el cuerpo con sus cuchillos y enterrar las partes. Justo cuando estaba por terminar el trabajo, se pasó la mano por la boca y por mera casualidad algunas gotas de sangre tocaron su boca... en ese momento algo en él cambió.

El cocinero no sabía explicar, pero dijo que sintió una inmensa curiosidad por probar la sangre y empezó a pasar dedos por los pedazos mutilados del viejo. Tras un rato, el tipo se preguntó qué tal sabría la carne del anciano. Una vez que el "hombre de los cuchillos" degustó esa carne vieja seca, el frenesí comenzó.

Aquel caníbal de edad madura continuó contando su experiencia en interrogatorio, al tiempo que se lamía los bigotes con gusto.

Después de varias mordidas Octavio entendió que el apodo de "el hombre de los cuchillos" le iba perfecto por lo que se animó a seguir haciendo honor a su sobrenombre. Se llevó los pedazos del cadáver a su casa, envueltos en una bolsa de plástico, y los consumió hasta que no quedaron más que huesos.

Aunque al principio "el hombre de los cuchillos" tuvo miedo de que los familiares de su víctima se dieran cuenta de lo ocurrido, pasaron semanas y semanas y nadie reclamó nada. Incluso Octavio siguió visitando periódicamente la vivienda del anciano para robarse cosas sin que recibiera visita alguna.

Cuando el cuerpo del octogenario fue consumido en su totalidad, "el hombre de los cuchillos" se quedó con ganas de más. Tal fue su insaciable apetito por la carne humana que decidió buscar nuevas fuentes de su alimento favorito.

A partir de este punto, el vendedor estableció un modus operandi: Observar las casas y escoger una víctima solitaria, acto seguido procedía a hacer visita y ganarse la confianza del desafortunado que se convertiría en su cena.

Octavio no era estúpido, por lo que siempre dejaba pasar un tiempo, antes de volver a atacar. Durante este periodo "el hombre de los cuchillos" se dedicaba planear su siguiente carnicería.

El número de víctimas del caníbal ascendió a doce personas, casi todas ancianas. La única vez que rompió esta regla fue cuando conoció a dos chicas argentinas que habían llegado a probar suerte en México y de un

joven de veintitrés, proveniente del estado de Chihuahua.

Otra confesión que hizo Octavio fue que hubiera matado a muchas más personas sino hubiera sido por el escándalo del tamal. Dijo que en una ocasión, mientras cocinaba borracho, no se le ocurrió mejor idea que cortarse el dedo y ponerlo en uno de sus alimentos para dárselo a probar a sus clientes.

Después de mudarse y abandonar su vida como caníbal, "el hombre de los cuchillos" creyó que se la pasaría vendiendo ensaladas en las calles de Coacalco por el resto de sus días, hasta que su suerte volvió a cambiar cuando uno de sus clientes, un hombre joven y muy arreglado se acercó a proponerle un negocio muy interesante. El tipo le ofreció un trabajo de martes a domingo como cocinero a cambio de una jugosa suma de dinero.

Octavio no lo pensó y casi de inmediato comenzó sus labores en la cocina de una vivienda ubicada en Dalías.

En aquella pequeña pero hermosa residencia, decorada con un estilo vintage muy seductor, se realizaban fiestas muy animadas donde solo asistían hombres bien vestidos y perfumados.

El cocinero no tardó en darse en cuenta que más allá de ser reuniones en las que se juntaban individuos con preferencias homosexuales, todos ellos tenían una pequeña mafia a la que llamaban "las locas".

A pesar de lo anteriormente mencionado, Octavio no tuvo ningún problema en adaptarse. De hecho, llegó a sentirse muy cómodo y alegre durante las fiestas.

Aunque si hablamos de su momento de mayor alegría, sin duda alguna fue cuando descubrió que podría retomar su vida como caníbal.

Después de que la pequeña mafia baleara a uno de sus rivales más odiados, los miembros de este grupo tuvieron el dilema de como deshacerse del cuerpo.

Octavio vio una oportunidad, por lo que les sugirió comer el cadáver. Evidentemente, incluso para ellos esto era demasiado, por lo que, rechazaron la idea con mucho asco.

El cocinero no cejó en su empeño y con mucha habilidad le quitó pedazos de carne al cuerpo sin que los mafiosos se dieran cuenta, acto seguido, los sirvió en la comida.

El grupo criminal dijo que cuando Octavio les confesó haber hecho la sopa con carne humana, entraron en conflicto, ya que por una parte entendían

lo asqueroso que resultaba comerse a otro ser humano; y por otro lado sentían que habían desarrollado un gusto culposo.

Con el paso de los días, aquel gusto culposo se descontroló y terminaron volviéndose adictos a la carne de personas. Cada que mataban a sus enemigos, se los comían.

Tras el interrogatorio, los detalles de esta leyenda se vuelven muy nebulosos de este punto ya que la mayoría dice que "el hombre de los cuchillos" murió en prisión, aunque otros piensan que está encerrado en un asilo mental.

Los que argumentan que murió, creen que fue asesinado por sus propios compañeros reclusos, después de Octavio cometiera el error de asesinar e intentar comerse a uno de los reos más influyentes del penal.

A Octavio lo encontraron masticando la cara de su compañero, por lo que intentaron apuñalarlo.

A pesar de que los custodios lograron controlar la trifulca, el ex-cocinero estaba muy mal herido. Octavio "el hombre de los cuchillos" fue llevado a la enfermería, donde murió horas después, agonizando y diciendo que de lo único que se arrepentía era de no haber comido más carne humana.

Federico C. Márquez